

# La izquierda independiente. De paradigma a herramienta política

>>Jonathan Thea / Militante de El Gleyzer, Frente Cultural

**H**ace algún tiempo comenzó a desanudarse el debate sobre la construcción de una herramienta que asuma todos los desafíos de la lucha política. Y decimos *todos* porque en cada época, si miramos hacia atrás, los diferentes contextos históricos exigieron al movimiento popular hacer énfasis en diferentes dimensiones: lo social, lo sindical, lo electoral. Esta discusión ha alcanzado un desarrollo tal que nos obliga a debatir el *cómo*, sin dejarnos lugar para las excusas. Por eso, quienes estamos convencidos de la necesidad de asumir este desafío y de recorrer ese camino debemos discutir con qué prácticas y bajo qué formas lo vamos a hacer: llevar adelante el debate acerca de los sujetos, la táctica, la estrategia y los tiempos; acerca de la composición ideológica y de identidades políticas; de la estructura organizativa, del Estado y el poder. Si bien son debates complejos, quienes nos embarquemos en la tarea de materializar una nueva herramienta venimos compartiendo hace años, en mayor o menor medida, espacios de construcción y militancia. Nada, o casi nada, es discutido de cero. Tenemos que lograr sintetizar miradas y perspectivas disímiles, pero que apunten al mismo lugar.

Si muchos hemos concluido que es hora de construir esta herramienta es porque recorrimos un trayecto común; porque compartimos nuestra génesis: fuimos de alguna manera hacedores de un paradigma político que se forjó hacia fines de los 90 y creció durante los últimos doce años. Quienes nos insertamos en este paradigma, tras largos años de ver caer diversas

experiencias fallidas, hemos aprendido que los matices tienen que convertirse en la materia para enriquecer las construcciones comunes y no la excusa para aislarnos. Es hora de que este paradigma político (de base, no dogmático, de nuevas prácticas militantes, de fuerte reflexividad ideológica) trascienda, y para hacerlo es imperioso obtener mayores niveles de materialidad política y en una serie más amplia de dimensiones. Si no empezamos a recorrer el resto del camino, corremos el riesgo de entrar en un sinsentido, de hacernos especialistas en mirar el ombligo de nuestros pequeños éxitos, de hacernos especialistas en “intercambiar experiencias” y hacernos “amigos”, de perder el rastro de lo que, aunque suene grandilocuente, sigue siendo una tarea histórica.

### **LA HERRAMIENTA DE QUIÉNES**

Lo que hoy llamamos *herramienta política*, haciéndonos eco de un vocabulario propio de nuestra época y asociado a nuestra praxis militante, tiene para la tradición de la izquierda -de la que somos parte- un nombre que fue clarificador: partido. De la mano de esa misma tradición, pero siendo constructores de nuestra identidad y de una activa crítica-histórica, no podemos perder de vista que con nuevas palabras y con nuevas (y mejores) prácticas seguimos teniendo la misma tarea de siempre: construir una herramienta (que podemos o no llamar partido) que organice a la clase trabajadora.

Aquello que tenemos pendiente desde fines de los noventa tendrá que tener, indefectiblemente, prácticas políticas, formas organizativas y actores acordes al contexto político actual y a los debates que el movimiento popular ya ha enfrentado con éxito: el objetivo fue y seguirá siendo la organización de las clases populares para alcanzar las condiciones subjetivas y objetivas que nos permitan disputar el Estado, la hegemonía, y construir (mientras y después) nuevas relaciones sociales.

Para nosotros el desarrollo de las fuerzas productivas, la destrucción del capitalismo y la construcción del socialismo no son consignas caídas en desuso sino las condiciones de posibi-

lidad de que las clases populares modifiquen sus propias condiciones de vida.

De lo que se trata es de construir poder para poder entrar en una disputa clara, frontal y en todos los frentes contra el poder hegemónico. En el contexto actual, debatir sobre la búsqueda autonomista del poder, o seguir cuestionando su significado no hace más que esquivarle al bulto y demorar las tareas que se han tornado esenciales en nuestra lucha política. Es necesario configurar escenarios de disputa que sirvan para avanzar integralmente en la lucha por la sociedad que queremos construir y no apenas prefigurar esa sociedad en nuestros espacios de base. En este sentido acordamos con la afirmación de Martín Ogando en la nota “Una incitación a la incomodidad” del N° 2 de la revista Batalla de Ideas. En esa nota se plantea que *“Nuestras construcciones de base son lo más valioso que tenemos, pero solo pueden mantener y renovar permanentemente esa importancia si se proponen ser el combustible, la cabeza y el nervio de un movimiento político capaz de cambiar a la Argentina de raíz”*.

La herramienta política a construir tiene que tener clara su perspectiva de clase y ser consciente del lugar que está llamada a ocupar en este momento de la historia. Al mismo tiempo, debe tener un anclaje claro en los sectores populares, para constituirse como una alternativa que represente sus intereses. La destrucción de las relaciones de explotación que subyugan a nuestro pueblo se obtiene destruyendo el capitalismo. Y para hacerlo hay que lastimarlo donde le duele, no sólo donde nosotros nos sentimos más cómodos y sin contradicciones.

Asumir que somos hijos de una vieja tradición no es para nada contradictorio con ser hijos de nuestra época, que nos enseñó que no hay alternativa sin protagonismo popular, sin contradicciones y sin heterogeneidades.

## **DE DÓNDE PARTIMOS**

Es importante entender que no nos estamos convocando de cero a construir algo novedoso. Si así fuera estaríamos siendo los garantes de nuestro propio fracaso. Al contrario, venimos

desde hace largos años dándole vida a experiencias políticas que intentan aportar a la construcción de algo nuevo. Con sistematicidad construimos desde los territorios, las facultades y los sindicatos; discutiendo, articulando y organizando espacios de militancia de base. Llevamos adelante múltiples acciones y debates en diversos ámbitos de la vida política y social, muchas veces encontrándonos solos en esas tareas. Mientras tanto, proliferan los partidos que aparecen como representantes de ciertos intereses del campo popular, ubicados en general en la *centroizquierda* del espectro político y que hoy se caracterizan por tener sobrerrepresentación legislativa en ámbitos nacionales y distritales, mientras carecen de militancia e inserción. Como contrapartida, en general somos nosotros, las organizaciones de la izquierda independiente, las que sostenemos cotidianamente espacios genuinos de participación política.

Son nuestras organizaciones las que están en los desalojos, resistiendo en las facultades, creando espacios de educación popular, construyendo medios de comunicación, peleando contra el accionar represivo, dándole vida cultural a los barrios, entre muchas otras acciones. Pero todo aquello parece mantenerse al margen de la que se supone es la “verdadera” disputa política. Lo que hacemos, en realidad, no es desarrollar “experiencias de organización”; no tenemos una voluntad caritativa que “acerca” formas de sociabilidad más “gratificantes”. Tenemos que ser claros y empezar a entender que lo que hacemos es darle vida, de abajo hacia arriba, a un nuevo movimiento político. Es ingenuo de nuestra parte creer que vamos a cambiar las relaciones de explotación y dominación capitalista construyendo espacios abstraídos y sin perspectivas de lucha política de manera integral. En todo caso, todos los espacios que construimos serán los que sin duda cimentarán nuestra herramienta, son esos espacios, diversos y múltiples, el mayor insumo que tenemos. Y esos, más los muchos nuevos espacios que se abrirán, serán el motor para potenciar la propuesta política.

Es también un error ver el camino recorrido y lo hecho hasta aquí como instancias autónomas o marginales de una tarea “más grande”. La construcción que venimos desarrollando hace años es en sí misma la condición material que nos da la

posibilidad para que hoy podamos entusiasmarnos con la creación de una herramienta política superadora.

## **LA ORGANIZACIÓN**

Sacarnos de encima algunos prejuicios políticos y organizativos, que en cierta forma nosotros mismos construimos a partir del agotamiento objetivo de algunas experiencias del siglo XX, es una tarea plagada de contradicciones. Pero es necesario sortearlas y avanzar en una construcción sólida y firme. La definición de sintetizar recorridos, tradiciones y perspectivas es el primer gran paso, pero es indiscernible de la necesidad de la construcción de una forma organizativa precisa.

La construcción de los espacios de militancia que venimos llevando adelante tiene particularidades y características organizacionales que son efectivas para ese tipo de inserción. Agrupaciones, centros culturales, bachilleratos populares, medios de comunicación, cooperativas, y demás, tienen esquemas efectivos porque su nivel de incidencia es parcial. Para que la herramienta que necesitamos construir tenga dinámica, inserción y capacidad necesitamos darnos otras formas, que serán la síntesis entre el centralismo democrático exitoso en otros tiempos, y las formas organizacionales de nuestra época. La izquierda tiene una tradición muy rica en materia de organización política que, así como en algunas etapas tuvo limitaciones, en otras permitió revoluciones de masas. Negarla sería un pecado, casi tan grande como negar los inmensos debates y riqueza que nos han dado los formatos de participación actuales, de los cuales incluso somos hacedores.

Saltar por encima de la micropolítica, para pasar a disputar en todos los ámbitos, nos obliga a construir mecanismos de intervención ágiles y efectivos, que puedan dar respuestas rápidas y contundentes tanto a la situación política general como a la nuestra en particular. Al mismo tiempo tenemos que ser inteligentes para aprender de nuestro propio recorrido, observando con inteligencia los logros de nuestras experiencias de base, de su dinámica, su identidad y su potencia. Es decir, de-

bemos poder articular nuestras formas y prácticas asentadas con las necesidades organizativas que supone la dinámica de una herramienta que está obligada a dar respuestas cotidianas. Esa síntesis es absolutamente posible si estamos dispuestos a buscarla.

## TIEMPOS

Existe un dilema preponderante entre quienes, en mayor o menor medida, entienden la necesidad de construir una herramienta que pueda disputar en todos los campos de la lucha política, incluido el electoral, y tiene que ver con los tiempos que nos damos para hacerlo. Aparece un fuerte debate sobre si es o no este el momento de emprender el desafío.

Sería arriesgado creer que están dadas todas las condiciones. Sin embargo, creemos que es más arriesgado aún, es más perjudicial para las propias clases populares con las que trabajamos, seguir construyendo del mismo modo que hasta hoy, sin profundizar ni avanzar cualitativamente en materia política. Para salvaguardar un hipotético futuro perfecto, no podemos permitirnos resignar la posibilidad de un presente desafiante. Entendemos que es ahora el momento, que la idea política que militamos hace años debe profundizarse y que para eso hay que darle mayor nivel de organicidad y materialidad. Que no alcanza con la simple enunciación sobre la voluntad de crear algo “nuevo con otras formas y otras prácticas”. Tenemos que hacerlo, y en todo caso la dialéctica de la praxis ira dándole los ajustes, los correctivos y las modificaciones que necesite.

Arriesgarse a lo nuevo, a poner a prueba nuestras lógicas y prácticas, cambiar las que vienen asociadas a los ámbitos institucionales es tal vez el acto más audaz que podamos dar. Al mismo tiempo, nos parecería meramente testimonial afirmar que estamos construyendo para la transformación social sin siquiera poner en discusión una estrategia y una táctica para lograrlo. Tenemos que arriesgarnos a transformar un *paradigma* en una *herramienta*, y ser conscientes de lo que implica, de los debates que conlleva, y de las complejidades que traerá apareja-

do. Nos tiene que resultar más incómodo patear la pelota para adelante que asumir el desafío

América Latina también nos dice que es momento, otros aires soplan hace años por el continente moviendo y organizando la resistencia y construyendo la esperanza. Los gobiernos que hoy llevan adelante procesos transformadores (Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador) han llegado al Estado de disímiles maneras. Lo que nos dice también que no hay una fórmula única y unívoca, sino que hay que construirla, ponerla a caminar. Habrá errores y aciertos, avances y retrocesos; sin duda será un proceso el que nos lleve a contar con la herramienta que necesitamos, que haya sintetizado luchas, construcciones, identidades y tácticas.

## **LA MADRE DE TODOS LOS DEBATES**

La construcción de una herramienta política es la posibilidad de potenciar construcciones, articular desarrollos y dar respuesta de conjunto con mayor fuerza en los frentes de masas. Pero también es la posibilidad de construir la fuerza política que pueda disputar en los ámbitos institucionales. Esto no significa dejar de entender al Estado como el lugar desde el cual se articula la opresión sobre las clases populares. La disputa institucional deber ser un eje central de las tareas que tenemos por delante, es de vital importancia ir allí a dar también la disputa por el sentido, al igual que lo hacemos en todos los ámbitos formales. El Estado debe convertirse, indefectiblemente, en un escenario de confrontación y no apenas en un lugar de visita, a la que vamos para hacernos oír en la tribuna parlamentaria. Los avances que podamos lograr en ese ámbito serán importantes siempre y cuando seamos capaces de orientarlos hacia un objetivo *emancipatorio* y *revolucionario*. Palabras grandes si las hay, suponen un debate acerca de las formas concretas que tiene que adquirir otro Estado. Entenderlo como un escenario más de disputa, es al mismo tiempo entender que no es el único, que hay otros, pero que una estrategia de cara a la transformación no puede dejar de ubicarlo en lugar de relevancia que le corresponde en el marco de la lucha política.

No casualmente es el Estado donde las complejidades se agudizan. Allí se encuentra el entramado político, económico y social que sostiene al sistema que tenemos que destruir. Por lo cual llegar e incidir no son tareas fáciles. Requieren de una enorme entrega, inteligencia y claridad. Porque ninguno de los que nos subimos al tren de la construcción de una nueva izquierda pretendemos apenas arañar algunos legisladores o diputados en el mejor de los casos. Tenemos que asumir un grado de responsabilidad, que sea un aporte para la izquierda en su conjunto. Sumar una opción marginal más, en el amplio mapa de los insignificantes es la peor de las opciones y es un retroceso para todas las experiencias transformadoras.

Asimismo, no podemos caer en ninguna de las trampas que esta batalla contempla: ni la *impaciencia* ni la *inacción*. Tenemos que avanzar a paso firme y con los objetivos claros. Cada *elección* (para empezar a llamar a las cosas por su nombre) tiene su particularidad, asociada al contexto y las fuerzas en disputa. Vamos a tener que elegir momentos y formas. Vamos a tener que discutir aliados. No se va a tratar de encontrar fuerzas con las que comulguemos en todos los aspectos; si así fuera, más que dar este debate estaríamos militando con ellos. La realidad nos muestra que en este sistema político los partidos de masas se configuran con alianzas entre fracciones de clases subalternas y dominantes, donde estas últimas hegemonizan cada espacio. Es imprescindible enfrentar con madurez debates en ese sentido, y discernir con claridad entre aliados tácticos y aliados estratégicos, siendo ambos necesarios.

Por eso es fundamental tener una política de masas propia, que no se despliegue únicamente en lo electoral. En cambio, exige otros desafíos que podremos enfrentar si tenemos una estrategia que sea compatible con nuestras posibilidades efectivas. Si el primer desafío electoral que nos planteáramos se inscribiera en la Ciudad de Buenos Aires, donde votan más de 1,8 millones de habitantes, tendríamos que enfrentarnos a la triste realidad de que nuestras construcciones actuales no interpelan ni al 1% de ellos. Esto nos obliga a pensar una política distinta de inserción y comunicación. La disputa por y en el Estado nos obliga a discutir y sintetizar disímiles cuestiones,



ya que en el marco de la estrategia es seguramente el paso táctico más complejo ya que en este ámbito es el enemigo el que maneja los tiempos.

## **MAÑANA**

Somos muchas las organizaciones, corrientes, agrupaciones y espacios que estamos convencidos de la necesidad de que la idea política que soñamos y militamos todos los días se profundice, tenga mayor materialidad, se expanda, obtenga mayores niveles de organización que le permita tener mayor volumen para la lucha política. De lo que se trata entonces es de asumir el desafío, de no tener miedo, porque errores van a existir y dificultades también. ¿Pero, qué mayor error que no dar la disputa en toda su dimensión?, ¿qué mayor error que no asumir que la correlación de fuerzas se torcerá a nuestro favor cuando hayamos construido el poder suficiente para lograrlo?

La construcción de una herramienta política es la tarea más urgente, lo que no quita que se agoten los debates, las diferencias y las identidades. En todo caso, se superan para darle vida a nuevas estrategias y nuevas tácticas, pero con el mismo objetivo de siempre: construir la patria socialista.

*\* Artículo enviado el 6 de junio de 2012*